

CUENTOS

SIN MOTIVO DE QUÉ PREOCUPARSE

Héctor J. Martell

*A José Carvajal,
narrador latinoamericano*

Fue en un subterráneo donde buscó refugio, huyendo del frío de la temporada. Caminó por varios pasadizos hasta que encontró lo que deseaba, un grupo musical de esos que tanto abundan por la ciudad y que ya empiezan a escasear en los subterráneos debido a la intervención policíaca.

La combinación de guitarra y el instrumento metálico de los que forman las famosas bandas de acero de otros tiempos y otros lugares, resultaba un tanto extraña, pero interesante. De primera impresión sintió como que una cosa no armonizaba con la otra. No obstante, al segundo número, acostumbrado el oído, se dio cuenta de que sí armonizaban y que se trataba de dos extraordinarios músicos, realmente talentosos.

Escuchándolos, olvidaba todos los percances que había tenido desde que llegara a la ciudad. Era eso lo que necesitaba por momentos, olvidarse de todo y hasta de sí mismo. Sentado en el banco que recién habían dejado libre, se dejaba transportar entre notas musicales.

Apoyada en una columna, escuchaba maravillada. Nunca había visto ni oído una combinación semejante. Verdaderamente tenían que ser músicos extraordinarios. La armonía que lograban no dejaba la menor duda.

Era lo mejor que le había ocurrido en el día. Por un momento se reprochó el haber dudado si debería salir o no. De no haber salido, no se hubiera encontrado con tan maravillosa experiencia sonora.

Era algo así lo que precisaba, algo que la apartara de sus preocupaciones y temores. Aunque trataba de mirar las cosas con optimismo y buscaba siempre el lado positivo de todo lo que le acontecía, en ocasiones sucumbía ante la incertidumbre.

Ya eran varios los meses que habían pasado sin lograr colocación. Todo era esfuerzo en vano. Quedaban de avisarle y nadie la llamaba. Caminaba de un sitio para otro y no brillaba la mínima esperanza. Algunos le comentaban que había llegado en mala época.

Y sin querer, se encontraba de nuevo sumida en los mismos pensamientos.

Y sin querer, se encontraba sumida de nuevo en los mismos pensamientos.

Varios meses habían pasado desde que llegara a la ciudad. Desde el primer día estuvo yendo de un lugar a otro. Donde quiera que le decían de alguna posibilidad, allá se dirigía.

Impresionaba mucho su preparación y su experiencia. Indicaban que era el tipo de persona que hacía falta para el progreso de la ciudad. Pero nadie le proveía empleo.

De no haber contado con el primo, sabe Dios qué habría sido de su vida. A nadie más conocía. No contaba con nadie más que lo pudiera socorrer.

De no haber sido por la amiga, Dios sabe qué hubiera sido de su vida. A nadie más conocía. No tenía familiares ni más conocidos ni sabía mucho de la vida en esta ciudad.

Vino convencida de que pronto hallaría colocación y de que sus anteriores problemas se resolverían en breve plazo. Sus cualificaciones eran envidiables. Así lo reconocían todos.

Pensaba en lo que dicen los viejos, que en la vida nada se consigue con facilidad, que toda la vida es una lucha continua, que sólo triunfa quien se esfuerza y persevera. Pero más esfuerzo y perseverancia de su parte, era imposible. Ni un solo instante había desaprovechado. Ni una gota de esfuerzo había omitido en sus gestiones. Se conseguirían las cosas con dificultad, pero no siempre, como creen los viejos. El esfuerzo y la perseverancia tal vez no sirvan de nada en algunos casos o quién sabe si en muchos.

Quién sabe si de nada sirva el esfuerzo y la perseverancia. Quizás las cosas sean de tal modo que lo que ha de pasarle a uno le pasa sin que se pueda hacer nada por evitarlo o por acelerarlo. Tal vez se consigan algunas cosas con esfuerzo, pero otras no se consiguen no importa cuán esforzado sea uno. Lo que ha de estar para uno, estará, como dicen otros.

Había hecho todo lo posible. Ya no le quedaba ánimo para más. Menos mal que la policía no había logrado desalojar a todos los músicos realengos y que en alguno que otro recoveco algunos podían aún expresar sus talentos. Esto era lo único que realmente lo reanimaba.

Gracias al cielo que la policía no daba abasto. Todavía alguno que otro de esos talentosos artistas callejeros encontraba un hueco donde podía desplegar su arte. Era lo único que la ayudaba a recobrar fuerzas y proponerse nuevas arremetidas.

Bonita la muchacha recostada en la columna. Tan atenta que no pierde un movimiento de los músicos ni una sola nota. Muy serena ella. Transportaba sabe quién a qué cielos. Disfrutando la vida sin mayores preocupaciones. Consumiendo su tiempo de qué forma. Se nota que no conoce de necesidades ni problemas. Que no tiene razón alguna para preocuparse.

Vaya hombre. Tan cómodo en el banco ese. Atento como nadie a los músicos. Consumiendo su tiempo en qué forma. Bien se ve que no sabe lo que es andar en problemas, lo que es tener necesidades. Cómoda la vida así, cuando se desconoce del vivir de los otros. Qué fácil vida cuando no se tiene motivo alguno de qué preocuparse.

*En un subterráneo de Times Square.
New York, 8 de abril de 1990.*